

el fondo sigue creyendo aunque no lo quiera reconocer ni manifestar. Esta duda, esta falta de claridad, este estado de ser y no-ser, éste es otro de los aspectos de la agonía de Unamuno. El mismo se la impuso.

Se deleita en el relato de *Niebla* hasta en ilusiones político-sociales. El extravagante tío de la pseudo novia, Fermín, es o se dice anarquista; pero un anarquista intelectual; teórico, un militante así como los comunistas de salón, los que dicen que son lo que quieren que otros fueran. Su anarquismo es consecuente, ya que para ser un buen anarquista hay que ser también esperantista, y Don Fermín sí que lo es. Anarquista y, sobre todo, no olvide que ha de ser también un buen vegetariano. ¿Cómo se puede ser anarquista sin todo este equipaje? Y hasta la mujer ha de ser independiente, y Eugenia no ha de tomar por novio a Don Augusto si no le da su real gana. Es el hombre de la libertad más absoluta, aunque tema a su mujer y cuando se trata de ella, todo se dice en voz baja y en un tono menor. Para evitar confusiones diremos que Unamuno no era anarquista ni mucho menos. Lo era, como fue también muchas otras cosas, sólo por un instante y tan sólo en forma teórica, esclavo de lo que eran muchos de sus contemporáneos. Su confesión en su *Diario íntimo* nos parece más edificante que todo cuanto pudo haber escrito en su novela. Cedámosle la palabra, cuando nos habla de ideas políticas, de conceptos políticos, de socialismo o de comunismo:

Socialismo o comunismo. El santo comunismo de la comunión, el participar todos de un mismo Dios; el comulgar en espíritu. ¿Qué hace la comunidad del pueblo sino la religión? ¿Qué les une por debajo de la historia, en el curso oscuro de sus humildes labores cotidianas? Los intereses no son más que la liga aparente de la aglomeración, el espíritu común lo da la religión. La religión hace la patria y es la patria del espíritu (5).

A pesar de todo cuanto nos diga, pues, todo se resume en la religión. Acá viene a concluirse, como empezó, todo. Su filosofía es una filosofía que emana del sentimiento, puesto que estas aserciones no pueden nacer fuera del sentimiento y sería dudosa su solidez si se las planteara ante el razonamiento, la crítica puramente filosófica. Esta filosofía es solamente la de la religión, la que se siente aun cuando no se la comprende o expresa.

Otra de las aserciones unamunianas, donde parece olvidar su propia actuación, es la relativa a la palabra. Para él el ser humano habla, y a medida que habla, miente. Como siempre, se servirá de sus perso-

---

(5) Unamuno: «Diario íntimo», primer cuadernillo.

najes para decir lo que piensa o quiere hacernos que piensa. Hará decir don Miguel a su personaje en *Niebla* lo que sigue:

La palabra, este producto social, se ha hecho para mentir... Lo que es producto social es mentira (6).

¡Pobre sociedad, pobre civilización! La religión, pura y espiritual, la que no se expresa, la que no es producto de la sociedad, ésa será la verdadera. La otra, la que es producto de la sociedad, la que se expresa, la que habrá fundado sociedades, recordemos

La religión hace la patria...

esa ¿qué será? Y todo cuanto escribe Unamuno...

Será ésta otra de las contradicciones de Unamuno. El mismo es un verdadero adepto de la religión, pero no pretendo que sea religioso; será religioso un poco por temor a la muerte y mucho, muchísimo más, por ansia de inmortalidad. Su personaje, su creación, su Augusto, le acusará en *Niebla* de haberlo creado con el único objeto de immortalizarse en él, a través de él; pero no será así como se desarrollarán las cosas. Unamuno perecerá y, nos dirá Augusto, su ficticia creación sobrevivirá. En efecto, Unamuno lo pensó, pero Augusto tenía razón. ¿Quién vive con mayor intensidad en las mentes humanas, en las masas, don Miguel de Cervantes Saavedra o Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza o hasta «Rocinante»? La creación, cuando es universal, sobrevive al mismo creador, y ya lo veremos más adelante, es el hombre quien perpetúa la Imagen de Dios y a través del hombre se conoce a Dios; otra vez el creador a través de su creación.

Unamuno temerá mucho más a su desaparición personal y física del recuerdo social, de la mente de su generación, que la misma muerte física y nos repetiremos si decimos que prefiere todavía la agonía a la mera desaparición.

Seguimos considerando a su *Diario* como la expresión más real, más sincera de su pensamiento. No creemos que haya mentido jamás, pero en su Diario escribió para sí y son raras las veces en que el hombre se suele mentir a sí mismo. Sus cuadernillos del Diario constituyen, a nuestro juicio, una fuente de verdades que nadie tiene el derecho de ignorar al estudiar a Unamuno. Nos dirá en su *Diario íntimo* que el Hombre verdaderamente libre (¿dónde está ese hombre?) no piensa mucho en la muerte. Así se expresará:

---

(6) Unamuno: «Niebla», p. 96.

Me había fijado en aquella proposición de Spinoza que dice que el hombre libre en todo piensa menos en la muerte, siendo su vida una meditación de la vida misma, no de la muerte.

Y no comprendí que para llegar a ser hombre libre en espíritu y en verdad, era preciso hacerse esclavo y haciéndose esclavo esperar del Señor la libertad que nos permita vivir meditando en la vida misma, en Cristo Jesús (7).

Así se expresó Unamuno en la intimidad de su *Diario íntimo*, en los cuadernitos de esos momentos de verdad que él solía conceder a su atormentada vida. Es que ya lo veremos más adelante: Unamuno tiene un miedo atroz al No-Creer. El No-Creer, según su criterio, lo aniquilaría, si se sometiese a él. Pero creer por temor, por otra parte, resulta en eso que él mismo denominará en otra parte el «querer ser y miedo de dejar de ser». En el «querer» sentimos un tono filosófico-voluntarista, una lógica, la de sobrevivir mientras que el «miedo» aparecerá y sobresaldrá en el aspecto irracional. También ello resulta ser filosofía en el concepto que nos hacemos de la filosofía de Unamuno. Ante este miedo de dejar de ser, tal vez con fe y se puede también pretender sin ella, Don Miguel saldrá de su postulado: «¡Dios es!» Gracias a Dios, diríamos si así fuera. Pero en la mente de Unamuno, por el hecho de creer por temor, creemos que existe siempre aquel maldito grano de duda que no se apartará de la mente ni del corazón de Unamuno. Su anhelo de creer no será jamás otra cosa que el deseo y en este deseo verá una meta, porque jamás se sentirá satisfecho porque nunca dejará de querer creer. ¡Querer! Este anhelo se convertirá en un gerundio eterno en la vida de Unamuno, un gerundio que a veces le conducirá al borde de la fe, para apartarle de ella otras veces. A veces hasta tendemos a creer que un cierto nihilismo aparece de vez en cuando en la mente de este hombre, pero hasta el nihilismo será un nihilismo sui géneris, pues tras de la convicción contraria, el nihil volverá a surgir de sus propias cenizas. Es con cierta sorpresa que leemos esta definición que da del hombre en *Del sentimiento trágico de la vida*. Es otro Unamuno el que parece hablar. Júzguenlo:

Lo que determina a un hombre, lo que hace de un hombre uno y no otro, el que es y no el que no es, un principio de unidad, y un principio de continuidad.

¿Cuál será el verdadero Unamuno? ¿Dónde está la continuidad?

*Niebla*, la novela de 1914, la de los cincuenta años de edad de

---

(7) Unamuno: «Diario íntimo», cuadernillo primero.

este hombre, nos expresará en su forma propia y romántico-pseudo-cándida, algo del pensamiento o tal vez del sentimiento filosófico de la época y de Unamuno.

No nos hemos propuesto estudiar *Niebla*, pero sí diremos que toda la obra está resumida en su título. Niebla es la vida de Augusto, niebla es su amor, niebla es su desengaño, más que niebla fuera si todo ese amor hubiera tomado otro camino, niebla es su muerte y niebla resulta ser también lo que nos quiso expresar Unamuno. Es la gran nebulosa de su alma y más aún de la época en que se desenvolvía esta vida. Y es tal la niebla que cada cual puede colocar en su semi-oscuridad, lo que más cuadre con su temperamento y con su vida. Esta semi-oscuridad, esta carencia de evidencia, esta falta de conclusión lógica es la filosofía a-filosófica de Unamuno en su forma más elemental. Don Quijote vivió en su lógica mientras era lo que se llama loco. Dejó de ser lógico cuando se volvió cuerdo. Lo mismo ocurre con Augusto. Lo aceptamos mientras lo consideramos «normal» en términos de Unamuno y dejamos de aceptarlo cuando sabemos su origen, cuando sale de la niebla. Le compadecemos. Esta es la filosofía de Unamuno.

En otras obras que ya veremos será tal vez más categórico el autor en sus aserciones, pero siempre y tenazmente a-filosófico. La filosofía, en su tren convencional, será otra forma del encasillamiento del que huirá siempre don Miguel.

c) *Rasgos de su pensamiento en «La agonía del cristianismo»:* Unamuno padeció de varias agonías. Semánticamente, cada lucha por la vida al umbral de la muerte es una agonía; cada lucha, cada sufrimiento, cada percance era una agonía para Unamuno. La filosofía personal que desarrolla en *El sentimiento trágico de la vida* a veces se pierde, diluido; a veces se consume, concuerda y se destaca; otras veces con fuerza creciente parece rebelarse contra lo dicho ya en *La agonía del cristianismo*. No es que desmienta su pensamiento, sino que éste va fluctuando según las circunstancias y los estados de ánimo. Para Unamuno no existe la rigidez, lo absoluto, y en *El sentimiento trágico de la vida* llegará hasta elogiar a ese «supremo consuelo» que es la incertidumbre (8). Unamuno seguirá buscando sin descanso al hombre o más bien al intra-hombre, aquel que se halla más allá o más acá, quién sabe. Correrá desesperadamente tras lo que nunca encontrará, tal vez lo inexistente. Unamuno no lo dirá, pero buscará constantemente y tal vez inconscientemente cierto idílico paraíso donde se vive eternamente; su formación clásica

---

(8) Unamuno: «El sentimiento trágico de la vida», p. 836.